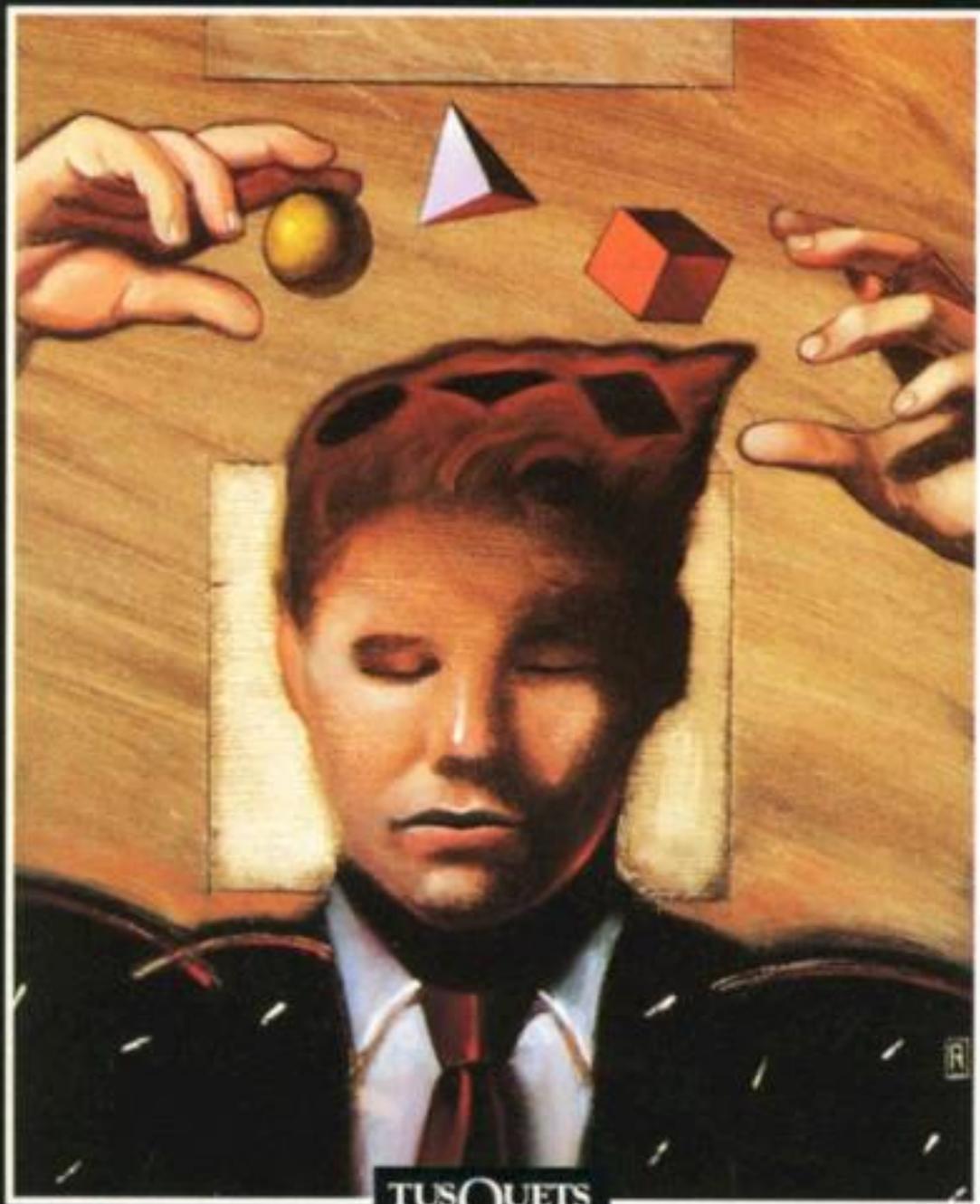


Fernando Aramburu

NO SER NO DUELE

colección andanzas



Índice

Portada
Cita
Avelino Armisén
Las manos podridas
La mala noche de Ricardo Eraña
Coloquio en el talud
Vía crucis
Reyes
Inauguración de la cuesta
Soy Silas
Todos somos poliedros
Timba de moribundos
Se acabaron los abismos
No ser no duele
Créditos

Nacemos solos, sufrimos solos, morimos solos, por mucho amor y solidaridad que haya en el mundo.

Miguel Torga, *La creación del mundo*

Avelino Armisén

El empleado de farmacia Avelino Armisén seguía vi-
viendo a la edad de cuarenta y cinco años con su madre,
viuda setentona de hábitos austeros y de un natural que-
jumbroso que no era sino la máscara tras la que se escondía
un despotismo feroz. La extremada severidad de la an-
ciana rara vez se manifestaba de forma violenta. No hacía
falta. Bastaba con que dirigiese al hijo apocado un repro-
che en tono lastimero para hacerse dueña de la situación.
Dicha estrategia se revelaba singularmente eficaz cuando
iba acompañada del brillo de una lágrima. Ver llorar a su
madre causaba efectos devastadores en la psicología de
Avelino Armisén, quien, para eludir tan dramática perspec-
tiva, permanecía de costumbre sumido en un estado de in-
fantil docilidad. Otro bálsamo contra la corrosión a que con
frecuencia era sometido por su exacerbado sentimiento de
culpa, no conocía. Desde niño ignoró la réplica, la disputa,
la desobediencia y aun el embuste, y sin embargo lo ator-
mentaba permanentemente el temor a cometer por deslíz
alguna clase de rebeldía. La madre le había impuesto la
castidad. Carecía, por añadidura, de amigos, de ambición y
de ocupaciones ociosas que no fueran las habituales parti-
das de naipes con su madre, sentados los dos a la mesa de
la cocina, o las incontables horas que pasaba semialetarga-
do delante del televisor. Descontando el trabajo en la far-
macia (donde estaba muy bien considerado, debido a su
masedumbre), el único estímulo capaz de sacarlo a la calle
en sus ratos libres lo constituían esporádicos paseos a solas
por la ciudad, siempre con la autorización expresa de su

madre, quien le fijaba la hora de regreso y luego lo estrechaba a preguntas acerca del itinerario y de lo que había hecho y visto por ahí.

Por regla general, Avelino Armisén, a la vuelta de sus callejeos, no traía novedades de particular relieve, por lo que el consabido interrogatorio de la madre y las respuestas más o menos pormenorizadas del hijo discurrían un día sí y otro también por derroteros de invariable trivialidad. Que si el chaparrón le había pillado junto a la orilla del Huerva, que si los autobuses pasaban repletos de gente ruidosa que iba al campo de fútbol, que si un camión con matrícula de Teruel no se había detenido ante un semáforo en rojo. La madre acostumbraba sazonar la ristra de zandajas con gestos de indignación, comentarios agoreros y vaticinios de un pesimismo tenebroso, haciendo de un soplo de aire un huracán, de una infracción de tráfico un crimen; suspiraba por esto, se enojaba por lo otro y al fin zanjaba la plática anodina con algún alarde de quejumbre del tipo: «Ay hijo, no sé para qué sales, ¡con lo bien que se está en casa!». Avelino Armisén se encogía de hombros, sin atreverse a responder que la idea de ir de paseo se le había ocurrido dos horas antes a su madre, porque lo que es por él a gusto se habría quedado en casa viendo la televisión.

Una o dos veces por semana venía repitiéndose aquel rito doméstico desde hacía veintisiete años, el tiempo que Avelino Armisén llevaba empleado en una farmacia del barrio de Miraflores, adonde entró, siendo mozo, para servir de recadero eventual. Tenía hecho ánimo de reunir unas perrillas con que sufragar al menos una parte de sus estudios; pero, entretanto, se cayó su padre de un andamio y con él se estrellaron contra el suelo las ilusiones universitarias de Avelino Armisén, quien a los pocos días del entierro, luego de una conversación de rebotica entre su madre y el propietario de la farmacia, se enteró de que jamás llegaría

a recibirse de abogado ni de nada. Lo acababan de admitir como dependiente, profesión que le fue impuesta a perpetuidad sin que él pensara ni por un momento en oponerse.

Vestido con bata blanca, Avelino Armisén continuó realizando los trabajos usuales de recadero, además de las tareas de mayor monta que correspondían ahora a su rango de dependiente. Por las mañanas, así que irrumpía en la farmacia la primera oleada de público salido en tromba del ambulatorio, Avelino Armisén se colocaba con silenciosa solicitud junto al extremo del mostrador, en espera de que el jefe o su compañero más veterano le alcanzasen las recetas con los medicamentos que debía él encontrar a toda prisa en alguna de las innumerables baldas de la trastienda. Pronto, sin embargo, se vio la conveniencia de enseñarle a atender a la clientela. Se le instruyó con ese fin en el manejo de la caja registradora, aprendió a sonreír y a descifrar sin error los ovillos caligráficos de los médicos, y en cuanto dio muestras suficientes de ser menos simple de lo que parecía, se le hizo responsable de las guardias nocturnas, que pasaba, con los inevitables sobresaltos a horas indispuestas, dormido en la rebotica, sobre una colchoneta extendida en el suelo. Por las tardes, como decayese la afluencia de clientes, el jefe lo mismo le mandaba a sellar una quiniela en el estanco de la esquina que a llevarle algún calzado roto al zapatero de viejo, y le asignaba toda suerte de tareas que Avelino Armisén, tuviera o no que ver con la farmacia, llevaba a cabo con inquebrantable buena voluntad.

Pero pasa lo que pasa. Tanto ir y venir, salir y entrar y exponerse, sudoroso, a lluvias y relentes, no podía quedar sin consecuencias. Y ocurrió que con las primeras ráfagas de cierzo otoñal, el frágil muchacho, aún novato en el oficio, sufrió un achaque de los bronquios. Su madre dispuso que siguiera trabajando y disimulara, y que si tenía que expectorar o sonarse lo hiciera a escondidas, de modo que no causase mala impresión. Avelino Armisén, obediente como era, arrastró en secreto su dolencia por espacio de una

semana, hasta que un médico de los que venían de vez en cuando por las tardes a paliquear con el boticario y, de paso, a establecer algún que otro convenio lucrativo con los representantes de las diferentes empresas farmacéuticas, reparó en el resuello ronco del mozalbeta, le mandó desabrocharse la camisa y lo auscultó. Embebido en la plática futbolera, parecía haber olvidado retirar el gélido fonendoscopio de la espalda del sufrido paciente, a quien ya se le iba poniendo la carne de gallina. Sin dejar de conversar, el médico le escudriñó el gañote con ayuda de un bolígrafo. No hubo dictamen, sino tres o cuatro cabeceos en actitud de paternal reprobación. Al instante le fue inyectado a Avelino Armisén un antibiótico, doloroso como una picadura de alacrán, que lo tuvo cojeando varios días. Aire puro y mucho campo, joven, le había prescrito el médico.

—Sobre todo los domingos —se apresuró a puntualizar el boticario, con intención que no requería de comentario.

A su llegada a casa, Avelino Armisén transmitió a su madre aquellas recomendaciones. Ésta, santiguándose alarmada, decidió que había que poner por obra algún remedio sin tardanza. Señaló a este punto la puerta de la calle y, en el tono imperativo de costumbre, dijo:

—Avelino, vete ahora mismo a respirar.

El muchacho obedeció con prontitud. De hecho no conocía otra forma de cumplir órdenes. Bajó los cinco pisos que separaban su domicilio del portal en un estado de atolondramiento frenético, y tan sólo cuando hubo salido a la calle y sintió de golpe en el rostro el zarpazo de la intemperie, se percató de que aún llevaba puestas las pantuflas. En parte por ello, en parte porque no le apetecía gran cosa caminar, hizo propósito de no alejarse demasiado del portal, lo que además le permitiría eludir la molestia de regresar a casa a cambiarse de calzado. Daría una simple vuelta en torno al grupo de viviendas Vizconde Escoriaza, donde residía, allá en la linde arrabalera de la ciudad con el baldío. Si acaso no se topaba con charcos ni lodo, se acercaría a con-

templar un rato el Ebro, ya vería. De buen ánimo emprendió la marcha, inflando los pulmones como si quisiera arramblar él solo con todo el aire del barrio de Las Fuentes. La inhalación de grandes cantidades de oxígeno fresco lo exaltó, y por un momento abrigó la certidumbre de que antes de doblar la primera esquina, su cuerpo no precisamente robusto rebosaría de salud. Quince minutos después estaba, sin embargo, en el salón de su casa, tembloroso y asustado, con la manga del gabán desgarrada por los colmillos de un perro mugriento que unos zagales habían azuzado de burla contra él. Su madre, decepcionada al enterarse de que su hijo, su hombre de dieciocho años, venía huyendo de niños, con vocecilla y jeribeques de tristeza lo abrumó a reproches.

—No tienes personalidad —le dijo en conclusión.

Aquel primer paseo supuso una experiencia infortunada que afianzó las inclinaciones hogareñas de Avelino Armisén. Los ojos se le arrasaron de lágrimas dichas cuando, a la tarde siguiente, obtuvo licencia materna para intentar curarse los bronquios en el balcón. De vuelta del trabajo y mientras aguardaba la hora de la cena, permaneció obra de treinta minutos al sereno, abrigado como un explorador polar, improvisando ejercicios respiratorios con la cara levantada hacia los últimos resplandores crepusculares. La tentativa, al cabo de pocos días, culminó en claros indicios de empeoramiento y Avelino Armisén, enfermo y a su pesar, hubo de aventurarse nuevamente por las calles del arrabal, que en su concepto aprensivo suponía tomadas por feroces pillastres dispuestos a caerle encima a cuanto transeúnte pacífico se pusiese a su alcance. No hubo tal. Transcurrieron veintisiete años sin que volviera a sucederle ningún contratiempo digno de mención. Bien es cierto que a raíz de aquel susto con el perro, Avelino Armisén aprendió a evitar encuentros desagradables, y siempre que su madre lo mandaba a pasear, abandonaba sin falta su barrio, caminando presuroso por la sombra de las fachadas. Alérgi-

co a la penicilina, tardó meses en sanar de la bronquitis, tiempo durante el cual nació aquella su costumbre inconstante de salir (unas veces obligado, otras, las menos, por propio gusto) a respirar.

Pasaron los años, insulsos, indistintos, igual que caen las gotas de un grifo mal cerrado. Avelino Armisén cumplió, sin pararse un instante a meditar en ello, los treinta, los cuarenta, los cuarenta y cinco, y una noche, después de la cena, en el transcurso de una de tantas partidas a la brisca con su madre, advirtió que a ésta, sentada frente a él, se le crispaba extrañamente la cara, como por efecto de un repentino dolor. La mujer, que hacía ya bastante tiempo había cruzado los umbrales de la senectud, dejó caer sus naipes y temblorosamente se llevó las manos al pecho, tal si le urgiera arrancar de él un ascua que se le acabase de incrustar. En esa postura le sobrevino una fuerte arcada. Se ahogaba. Con ostensible dificultad logró levantar el semblante lo justo para dirigir una mirada colmada de pavor al hijo atónito, que la observaba sin saber qué hacer. Acto seguido, derramó sobre la mesa cubierta de naipes una copiosa gorgozada y pocos segundos después se desvaneció. Tan sólo cuando vio a su madre derrumbarse hacia un costado del sillón de mimbre, Avelino Armisén salió de su pasmo. Rápidamente acudió en su ayuda; pero la aprensión de tocarla lo detuvo. Optó entonces por salir en busca de socorro; llamó a varias puertas y al fin le cupo la fortuna de dar con un vecino algo puesto en primeros auxilios, el cual logró reavivar a puro de violentas presiones el corazón de su madre. Media hora más tarde la anciana fue conducida en ambulancia al hospital.

Tanto los sanitarios como los metomentodos de la vecindad que escoltaron la camilla hasta la calle, aconsejaron a Avelino Armisén, de una manera un tanto conminatoria, que se quedara aquella noche en casa. Dentro de la ambulancia no había sitio donde él pudiera acomodarse; su madre, de momento, no estaba en condiciones de recibir con-

suelo alguno y, por lo demás, los principales trámites burocráticos relativos a la identidad de la paciente habían sido cumplimentados, aunque a vuelapluma, un rato antes.

—Por lo cual —le dijeron—, usted, hoy, no pinta nada en la unidad de cuidados intensivos. Suba a su domicilio, descanse y no se apure. Mañana será otro día.

La ambulancia partió a escape, esparciendo por las calles del barrio de Las Fuentes su frenético ulular. Desde el borde de la acera, rodeado de curiosos, Avelino Armisén le hizo una desangelada seña de despedida con la mano. Recibió tres o cuatro palmadas de consolación en la espalda y regresó a casa sumamente deprimido. No bien hubo cerrado la puerta tras de sí, le cayó encima el peso aplastante de la soledad. De golpe lo embargó una viva sensación de desamparo. Un grandísimo desasosiego lo impelió a comprobar si todas las ventanas estaban cerradas. Después cerró la puerta de la vivienda con doble vuelta de llave, anduvo a la ventura por las habitaciones durante casi media hora y finalmente se acostó, sin desvestirse. Encogido bajo las sábanas, estuvo llorando hasta que, ya de madrugada, la fatiga pudo más que su desconsuelo y se durmió.

A raíz del ingreso de su madre en el hospital, los hábitos de vida de Avelino Armisén experimentaron un cambio notable. Ahora tan sólo paraba en casa por las noches. Por la mañana temprano acudía como de costumbre a la farmacia, cuya verja él mismo se encargaba de abrir una hora antes que llegase el jefe. Concluida la jornada matinal, tomaba el autobús que lo conducía hasta la Residencia Sanitaria José Antonio, donde distribuía su escaso tiempo libre entre la visita a su madre y una rápida colación en la cantina. Llegado el momento de irse, se dirigía de nuevo a su trabajo y al atardecer volvía al hospital, al que podía acceder a voluntad gracias a un permiso especial que se le había concedido. Hacia las diez y media de la noche, besaba respetuosamente a su madre en la mejilla y se marchaba a casa caminando. Más de una hora invertía en recorrer el largo tra-

yecto; pero había que ahorrar. Su madre se lo había susurrado con un hilo de voz agónica, en un instante en que tuvo la boca expedita mientras las enfermeras procedían a renovar la intubación. Los sábados por la tarde y los domingos, si no se interponía el servicio de guardia, los pasaba de sol a sol en el hospital. Conmovido en lo más profundo de su ser por los padecimientos de su madre, hizo promesa de que, mientras ella permaneciese ingresada, él se abstendría rigurosamente de cualquier clase de entretenimiento y gozo. Debido a ello procuraba hablar lo menos posible con sus semejantes, cuyo trato, fuera de lo imprescindible en la farmacia, rehuía. Aparte de eso, dormía poco, comía mal y se había vedado por completo la televisión.

Transcurrieron mientras tanto tres semanas, lapso en el que la anciana mejoró sensiblemente. Los médicos dispusieron en consecuencia su traslado a una planta destinada a enfermos comunes. Allí continuó, sin embargo, recibiendo día y noche respiración asistida, lo que infundió en Avelino Armisén la sospecha de que los pronósticos halagüeños con que solían despacharlo cada vez que solicitaba información acerca del estado de salud de su madre, se fundaban menos en la realidad que en el deseo piadoso de transmitir consuelo. Llegó a pensar que la daban por muerta y que, desistiendo de auxiliarla, la habían arrumbado en aquella habitación colectiva con el fin único de que expirase por medios naturales, sin causar molestias al personal sanitario.

En los días ulteriores el cardiógrafo se encargó de desmentir aquel recelo. Avelino Armisén empezó poco a poco a abrigar esperanzas. Con gran alivio, después de los dramáticos momentos vividos al principio, comprobaba que su madre permanecía todo el tiempo consciente. Impedida de hablar por causa de la mascarilla adosada a la boca, hasta cierto punto era posible comunicarse con ella. Débilmente movía las manos o las cejas para confirmar que escuchaba y comprendía. Tan pronto como convino con su hijo en un

sistema elemental de señales, comenzó a impartirle órdenes, y una de las primeras fue que le refiriese pormenores relacionados con sus desplazamientos por la ciudad. Todos los días Avelino Armisén decía su crónica insulsa sentado junto a la cama de su madre, que a menudo se quedaba dormida oyéndolo.

Tres semanas después de la hospitalización de ésta, un domingo, a Avelino Armisén le sucedió un percance, el primero tras largos años de vida monótona y tranquila. Volvía de mañana a casa, luego de haber cumplido uno de tantos servicios de guardia nocturna en la farmacia. Hasta la medianoche había tenido bastante ajeteo. A la una y pico de la madrugada, recién conciliado el sueño, lo despertó un drogadicto con temblores que pretendía entregarle una sortija a cambio de un paquete de agujas y jeringuillas. Hora y media más tarde, una señora le solicitó en tono angustioso un inhalador. Avelino Armisén le vendió uno y se acostó. Ya no volvieron a sobresaltarle más timbrazos, de suerte que al otro día, tras casi cinco horas de reposo sin interrupciones, se hallaba pasablemente descansado. Peores noches había conocido. Las últimas tareas las realizó, como quien dice, a cierra ojos. Antes de nada telefoneó a su jefe para comunicarle que la guardia había discurrido sin problemas. Después retiró la colchoneta y las cobijas, que debía meter en un trastero donde también se guardaban los utensilios de la limpieza; barrió la rebotica, echó el candado a la verja de la entrada y se marchó.

El día había amanecido primaveral, con una temperatura agradable, tirando a fresca, y un cielo azul moteado por algún que otro cirro fibroso extraviado en los confines de la atmósfera. Las calles se veían semivacías, silenciosas, envueltas en la recoleta calma de los domingos. Avelino Armisén atravesó unas cuantas andando siempre por aceras soleadas, aun cuando ello lo forzase a recorrer un tramo de más de la ancha avenida de San José. Bordeó después el matadero municipal, cuyo penetrante hedor a sebo rancio

no cesó de perseguirlo hasta bien adentro de Las Fuentes, su barrio. Antes de dirigirse al hospital, donde no había estado desde la víspera a mediodía, pensaba pasar por casa con el fin de ducharse, tomar el desayuno y planchar dos camisones que su madre le había pedido encarecidamente le llevase. Todo ello iba diciéndoselo a sí mismo en voz baja, ensimismado en uno de sus habituales soliloquios con que solía echar el tiempo a perros cuando caminaba. Se formulaba preguntas y las respondía, en un intento por fijar en la mente, conforme a un orden cronológico, los actos que llevaría a cabo durante el día, como si estuviera proyectando una película en pensamiento. Su vida exenta de lances imprevistos le permitía aventurar vaticinios con exactitud. Aquel domingo, en el portal de su casa le aguardaba, sin embargo, una sorpresa. Cualquiera la reputaría a lo mejor de intrascendente; no así Avelino Armisén, para quien representó el comienzo de una serie de azares desdichados que habrían de afligirlo sin tregua durante todos los años de su vida.

Y fue que, habiendo entrado en el portal, por el que hacía más de veinticuatro horas que había pasado por última vez, rumbo al trabajo, quiso comprobar si durante su ausencia le había llegado algún correo. Correo, para Avelino Armisén, significaba exclusivamente facturas y folletos publicitarios, ya que otro tipo de cartas jamás recibía. Buscó la llave en un bolsillo y abrió el buzón, de suerte que al tirar hacia sí de la portezuela se le derramó sobre las piernas gran cantidad de barro y piedrecillas. Casi en el mismo instante percibió unas risitas, no precisamente infantiles, dos, tres, quizá cuatro pisos más arriba, así como el ruido de una puerta al cerrarse de golpe. Su primera impresión fue de desánimo. Pensar que alguien lo había elegido a él para víctima de una injusticia lo entristeció. Por las escaleras, mientras subía a casa en busca de la escoba y el badil, no cesaba de repetirse la misma pregunta: ¿por qué? Al pasar por delante de las puertas, el peso de la vergüenza lo

obligaba a dirigir la vista al suelo, convencido de que detrás de cada mirilla acechaba un semblante a punto de soltar la carcajada. Podía entender que un ratero despiadado se sirviese de un cuchillo para robarle. Un acto sin duda execrable, se decía, pero no gratuito. En cambio, la persona adulta que le había llenado de inmundicias el buzón, ¿qué fruto esperaba obtener, si ni siquiera se había quedado a contemplar la escena presumiblemente cómica ocasionada por su burla? Avelino Armisén no se resignó a creer que sus interrogantes careciesen de respuesta, aunque de momento ignorase cuál. Al hilo de sus cavilaciones, lo fue ganando poco a poco la curiosidad. Descartado el móvil de la venganza, ya que él jamás había cometido agravio alguno contra nadie, ni en la vecindad ni fuera de ella, se figuró de pronto que acaso la malicia, el ser malo, el perpetrar maldades, obraba en el fuero interno de los hombres un efecto deleitoso. Sí, eso debía de ser. Seguramente el mal no es tan malo como lo pintan, dijo para su colete. Una especie de fulgor mental lo cegó. Abrigaba la certeza de haber tenido una revelación. En el portal, mientras limpiaba el suelo de barreduras, lo tomó con indecible fuerza la idea de perpetrar por primera vez en su vida una villanía.

—Pero, ojo, Avelino —se advirtió minutos más tarde, ante el espejo del cuarto de baño—, no te vayas a propasar. Nada de canalladas, ¿entendido? Sólo un pequeño atropello para conocer con la punta de la lengua el sabor del mal.

Decidió, pues, que por el trayecto hacia el hospital causaría algún trastorno a alguien. Ahora bien, ¿qué género de trastorno y a quién? Estuvo barajando posibilidades bajo la ducha y siguió devanándose los sesos más tarde, mientras planchaba los camisones de su madre y cuando, de pie en la cocina, vestido ya para salir, tomaba por todo desayuno un tazón de agua del grifo con un mendrugo tan seco que sólo si lo empapaba conseguía hincarle el diente. Desde el principio descartó cualquier acción que pudiese

originar un daño grave. Ni estropicios, ni sangre, ni robo. Puñetazos, puntapiés o pedradas se le antojaban excesivamente malvados, tanto más peligrosos cuanto que la víctima, dada la complexión débil del agresor, había de ser por fuerza un individuo indefenso y tierno. Conque nada de brutalidad. Quizá un pellizco, un cachete en el cogote, una buena rociada de bahorrina... y a correr.

El caso es que después de darle muchas vueltas al asunto, determinó por fin que algún viandante endeble recibiría esa mañana un paraguazo, ni tan flojo que lo tomase por sucedáneo de saludo, ni tan recio que a un tiempo se partieran crisma y paraguas. Avelino Armisen terminó de prepararse, metió los camisones en una bolsa de plástico, y luego de dar cuatro o cinco tientos a la botella de vinagre, movido del ingenuo designio de malearse, salió de casa con el nerviosismo de quien acude a protagonizar un estreno, empuñando el paraguas que una mañana azul de primavera hacía por completo superfluo.

Cerca de su casa, al enfilear la calle del Capitán Godoy Beltrán, Avelino Armisen se topó de sopetón con la riolada de fieles que salía de misa. Varias caras le resultaron familiares, y con no poco sobresalto y temor de que algún vecino le calase las turbias intenciones, dio media vuelta y atravesó corriendo las callejuelas del grupo de viviendas José Antonio Girón. De ningún modo llevaría a cabo su trastada en parte donde cualquiera lo pudiese reconocer. Recobrado el aliento, prosiguió la caminata, resuelto a postergar su plan hasta tanto que hubiese dejado atrás y bien atrás su barrio; lo cual hizo por calles poco transitadas y con tan ligeros pasos que se dijera iba huyendo de algún perseguidor.

En Miraflores eligió un rumbo desusado, a fin de evitar la farmacia y sus proximidades. La mañana comenzaba a llenarse de automóviles; pero aún no eran suficientes para acallar la algarabía de los pajarillos que abarrotaban las hileras de árboles. Errando siempre por calles apartadas, con las miras puestas tanto en descubrir la ansiada víctima co-